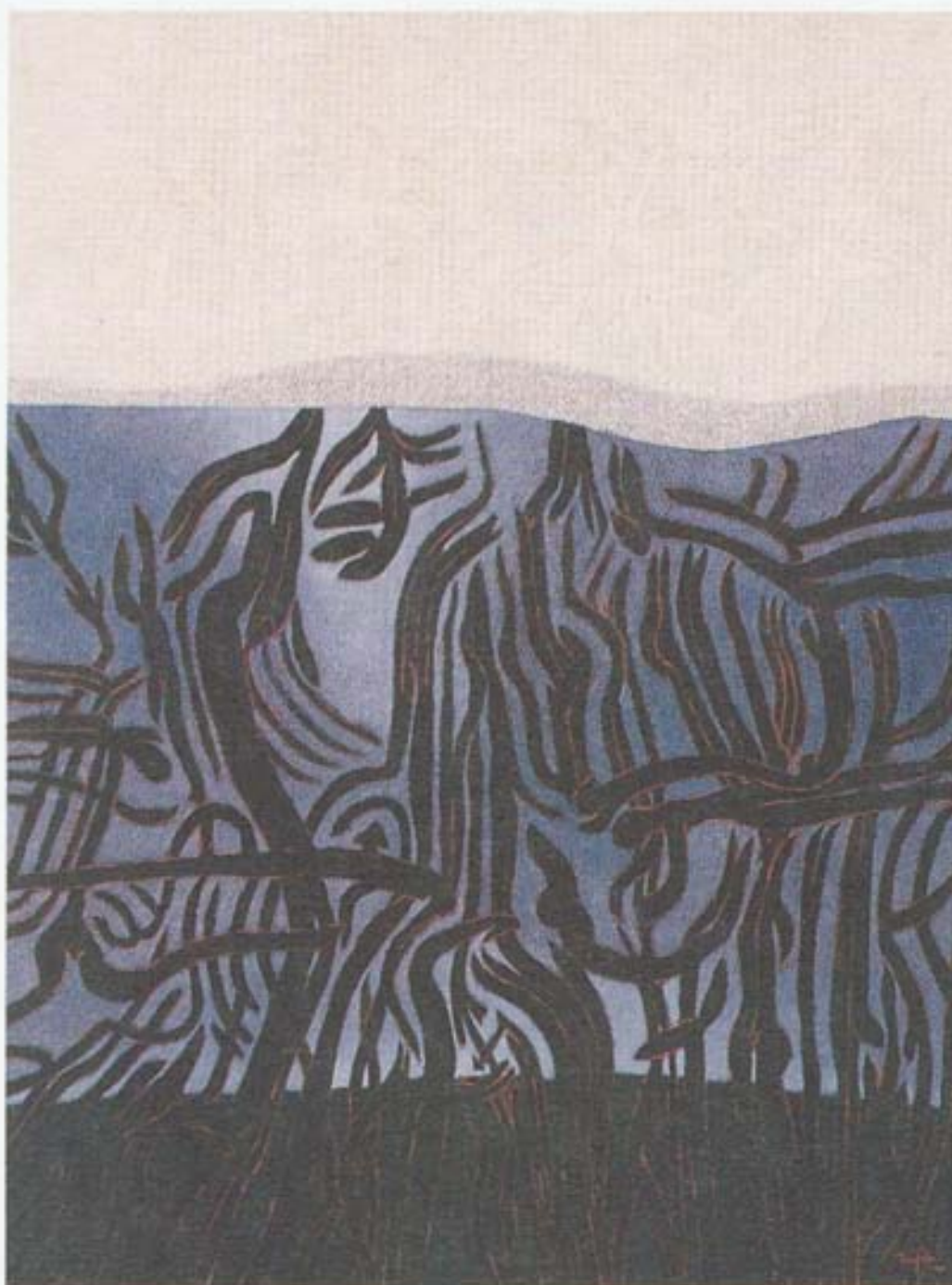


Arte Contemporáneo Panameño



Casa de América
Madrid

la plástica en Panamá un movimiento con la fortaleza de motivos y la suficiente originalidad y sentido crítico para atraer la atención de nacionales y extranjeros. El periplo que ofrecemos a lo largo de cuarenta años de actividad creadora recoge el aporte de algunos de esos maestros que se atrevieron a iniciar esa revisión crítica y de muchos artistas posteriores que han encontrado en el arte la forma de realizar su proyecto como individuos.

Este panorama, que sin lugar a dudas es incompleto por lo restringido de la muestra, permite apreciar los esfuerzos de hombres y mujeres de un pequeño país por mostrar al mundo lo que una sociedad, con sus limitaciones y frustraciones, pero también con sus expectativas y esperanzas, puede hacer en la lucha continua por ser un País.

Brooke Alfaro

El sentido de la obra de Brooke Alfaro se encuentra más allá de los simples corolarios estéticos empeñados en caracterizar la naturaleza de la obra de arte. Censor y diletante, su trabajo oscila entre la crítica mordaz y la conceptualización del arte, de allí que en él se refleje en todas sus modalidades el arte deshumanizado del que nos hablara Ortega y Gasset. Ante la fría formalidad del arte serio, el arte deshumanizado se impregna de la ironía y la incertidumbre que abren paso a la intrascendencia de lo cotidiano, en un esfuerzo para despojar el exceso de carga humanística en el arte para retornarlo a sus esencialidades humanas. Ser artista es no tomar en serio qué somos cuando no somos artistas, nos dice el maestro español: ¡Y Brooke Alfaro se empeña en ser un artista!



Brooke Alfaro, *Cuarto de mi memoria*

Es cierto que en Brooke no se ocupa en inventar nuevos códigos, como la mayoría de los artistas latinoamericanos, y que sus raíces intelectuales se remiten a los conceptos plásticos de los siglos XV y XVI, en especial a Lucas Cranach, Hieronymus Bosch, Pieter Brueghel el viejo y, más cercano, Francisco Goya. Pero esos códigos reelaborados trascienden su temporalidad y reordenan otros significados y otras concepciones. El surrealismo anunciado de Bosch, se conjuga con el misticismo casi herético de Cranach; la sencillez estulta de los festines de Brueghel se disuelve en el doloroso drama de los retablos de Goya. Con todo este pandemónium de recursos e ideas Brooke Alfaro, pacientemente, conjura conspira.

En esta conspiración el arte aparece signado por la ironía, el efecto de caricaturización y el afán por lo grotesco, lo cual asume el artista con dominio de la técnica y el conocimiento del color y la forma. De esta manera lo absurdo y lo grotesco se revelan con la gracia y la ingenuidad de las historias de santos, milagros y hechizados. Si hay una magnitud sublime en los milagros esta radica en la esperanza, pero Brooke la transforma en la aparición obscena y sarcástica de milagrosos de segundo orden, cuya mística perdida es reemplazada por santos estragados y fieles impíos, todo ello completado con un bestiario que como séquito pagano orla la magnificencia del evento.

El juego no se circunscribe al remate teológico, la farsa alcanza a todo el conglomerado, sus falsos valores, las pretensiones infundadas, los jerarcas sin jerarquía. En fin, todo el orden secular y laico; civil y político; familiar y social, cae en esa danza terrible de la imaginación proyectada en la obra de Brooke Alfaro. Pero como remansos de ese recorrido alucinante, encontramos verdaderos monumentos a la ternura, que sin abandonar el patetismo de los elementos e imágenes evidencian la calidad del dibujo que el artista despliega con naturalidad y soltura. Estos personajes cotidianos, con sus miradas lánguidas, rostros mustios y cuerpos deformes; esas majas que en dolorosas contorsiones juegan a ser modelos, testimonian esa pasión por la vida y nos devuelve el sentido humano que debe prevalecer en el arte.

Coqui Calderón

La obra de Coqui Calderón obliga al establecimiento de una actitud reflexiva paralela a la experiencia estética inherente al trabajo de creación. En un cuidadoso proceso de desdoblamiento de la realidad va ordenando los elementos conceptuales y estableciendo las relaciones entre una esfera de mundo marcada por la sensualidad y la violencia, y la persistencia de un contenido afectivo que, en todo caso, es la esencia misma del mensaje plástico. Empeñada en descubrir el sentido de la naturaleza humana, busca en esa relación hombre-mundo, los ingredientes primarios de su discurso estético en el cual se dirime invariablemente las pasiones y sentimientos que definen la existencia.

Hay dos etapas claramente discernibles en la obra de Coqui Calderón, y las cuales evidencian esa preocupación por los problemas inherentes a la existencia del hombre y esa relación primaria con el mundo que

lo rodea. En la primera el dominio de un naturalismo que envuelve en su desarrollo una disposición por la forma y sus posibilidades alegóricas, en la segunda, un despliegue afectivo -que en muchas ocasiones desborda el lirismo estético y bordea el discurso político, en lo que este tiene de lacerante y dramático- en el cual plasma los flujos de una vida interior con sus esperanzas y frustraciones, y en que se esfuerza por concederle al contenido la riqueza poética capaz de transmitir el pulso de la vida interior.

En esa primera etapa naturalista perviven dos facetas de la misma realidad, las cuales la artista matiza con sutileza una sensual disposición erótica. El paisaje cuidadosamente estructurado y los bodegones de carnosas frutas tropicales, son constantes que asume como insistente temática para el desarrollo de un trabajo en que intercala una particular experiencia del espacio y el color. Esas consistencia temáticas que en primera instancia obedecen a una intuición naturalista del entorno, dan paso a una formulación abstracta que paulatinamente permite una vivencia del color como sustancia primaria de su obra. Estos ensayos que alterna la artista en sus trabajos al pastel y sucesivamente en sus obras al óleo y el acrílico, son el resultado de una elaboración destinada a obtener de la figuración los recursos visuales que hagan posible reconocer en el color la dinámica de la composición. En ese sentido, encontramos un esfuerzo por desplegar un colorismo que a pesar de carecer de la vibrante disolventia y el contraste agresivo de otros contemporáneos, asimila la fundamental cualidad cromática de los colores fríos sujetos a la opacidad de su combinación. En este juego entre el color y la descomposición de la forma, emerge una singular forma de abstraccionismo que tiene como soporte la reciprocidad entre la imagen y el concepto, la representación del mundo cede al antojadizo juego de simulaciones abstractas, pero la abstracción se sostiene en la imagen representada. En esa ambigüedad entre la representación y la abstracción conduce su trabajo hacia la disposición o empatía del espectador, dándole esa particularidad de "obra abierta" que caracteriza al arte contemporáneo.

El despliegue afectivo que matiza la otra faceta de su obra tiene como referencia más inmediata un contenido político, con el que traslada sus preocupaciones y, por que no decirlo, su toma de posición frente a un drama político inmediato, en el cual la violencia y la libertad amenazada por el aparato político constituyen el motivo sustancial del mensaje. En estos trabajos, con el afán de permitir la síntesis entre la figuración y la abstracción recurre al trazado de líneas cromáticas transversales, con las cuales suspende o trastoca el realismo de la imagen para reducirlo a la vivencia cromática. En ese juego de recursos y de coloración, hace uso de trazos laminaseís, que con su dispersión contribuye a mantener un movimiento ondulatorio dentro del juego compositivo permitiendo que esas grandes masas expresen su fuerza interna en la amplitud del movimiento visual que se desplaza sobre el lienzo.



Coqui Calderón, Venus morada,

Pero hay otra instancia afectiva deliberadamente oculta en la obra de Coqui Calderón y que aflora gracias a los entornos cromáticos que le sirven como fórmulas de delimitación de la imagen: la sensualidad erótica. En los límites espaciales del paisaje el recorte montañoso emerge con la configuración de un busto femenino, el corte transversal de un aguacate permite adivinar la presencia de la sexualidad femenina; el amarre de la composición de un conjunto frutal nos revela la concupiscencia de los sexos en irrefrenada orgía. Con todo estos elementos la artista construye un mundo en que todo es posible y nada está vedado a la imaginación.

Su obra más reciente, en la cual conjuga los recursos cromáticos y la disposición laminase ampliamente desarrollada en sus paisajes y figuraciones, encontramos una nueva dimensión temática estrechamente vinculada a ese entorno americano en el cual se sitúa su obra. El vuelco de la imaginación salta libremente hacia la magia que encierran los mitos y tradiciones de nuestros pueblos y cuya poesía se desgrana a lo largo de todas nuestras expresiones culturales. Coqui, con esa sensibilidad demostrada en las diversas etapas conceptuales desarrolladas a lo largo de su obra, recurre a deidades primigenias tan genéricas y tradicionales que carecen de límites históricos, para restituir un mundo lleno de evocaciones en el que revela la pasión por una naturaleza en permanente amenaza.

Isabel De Obaldía.

Isabel De Obaldía, con una claridad pocas veces manifiesta en nuestros artistas jóvenes, ofrece la visión de una realidad que subyace en los pliegues de un ordenamiento sutil y aparente, y que estalla bajo las imágenes torturadas de su obra artística dejando al descubierto un mundo conjurado y contradictorio. En un esfuerzo por desentrañar la otra realidad oculta en el intento de mostrar el mejor de los mundos posibles, la artista nos